

A LOS HOMBRES DE MENTIRA
LES VIENEN GRANDES
LAS MUJERES DE VERDAD

Margarita Rivas

A LOS HOMBRES DE MENTIRA
LES VIENEN GRANDES
LAS MUJERES DE VERDAD

Primera edición: mayo de 2021

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Margarita Rivas

ISBN: 978-84-123701-0-2

ISBN digital: 978-84-123701-1-9

Depósito legal: M-13801-2021

Ediciones Caudal

C/ Ros de Olano, 5

28002 Madrid

info@ediciones-caudal.com

www.ediciones-caudal.com

Impreso en España

*A Concha, por creer en mí, incluso antes que yo misma.
Por insuflarme ánimo cada vez que me entraban ganas de
abandonar y, sobre todo, por ser mi faro cuando estaba perdida
en el océano de las palabras.
Sin ella esta novela no habría sido posible.*

*A Laura, la luz de mi vida, mi gran reto
y mi mejor victoria.*

PRÓLOGO

¿Qué es más difícil, desnudar el cuerpo o desnudar el alma? ¿Y si nos encontramos con una historia en la que las dos cosas van unidas tan estrechamente que acaban sublimándose? Eso es, exactamente, lo que ocurre en esta novela. Adriana, la protagonista, desnuda su alma de una manera tan sincera y desgarrada que atraparé al lector desde el primer momento.

Adriana, una mujer atractiva y con éxito, se pasea con total desenvoltura en un mundo dominado por los hombres. A ello le ha ayudado el hecho de que, ya desde niña, tuvo que luchar por hacerse un hueco en el universo masculino liderado por sus propios hermanos. Posteriormente, como adulta, cae sin buscarlo en el complicado mundo de la Bolsa, donde tiene que afrontar el privilegio, pero también el reto de trabajar como bróker, poniendo patas arriba un sector controlado, otra vez, por los hombres.

Quizás este conocimiento tan exhaustivo de su mundo le proporciona a la protagonista las herramientas necesarias para hacer una disección sincera y certera del cosmos masculino, sin dejar de ser crítica con las emociones y los sentimientos femeninos.

Sin embargo, no nos equivoquemos. Adriana adora a los hombres, aprende de ellos, los comprende, se siente una igual a su lado, comparte con ellos su vida profesional y personal, le gusta su compañía, pero no le devuelven la reciprocidad que espera, lo que no solo la decepciona, sino que la hace sufrir.

Los hombres arrogantes, los que no saben reconocer la pasión y la entrega, los que solo piensan en sí mismos, los que no empatizan con nadie, los incapacitados para expresar sus sentimientos, los cobardes ante el amor y la vida, los traidores, los pusilánimes, esos son los hombres de mentira. Las mujeres fuertes, independientes, decididas, valientes, generosas, solidarias, luchadoras, positivas y emprendedoras, son las mujeres de verdad.

Con este cóctel, Margarita Rivas ha escrito su primera novela basada en su experiencia como bróker y en su conocimiento de la Bolsa y del universo masculino del que, casi siempre, ha formado parte como si fuera un hombre más. Quizás podríamos pensar que la autora y la protagonista de su historia son intercambiables y no nos equivocáramos, pero, en el fondo, sabemos que la literatura es engañosa y nos hace concebir mundos y personajes que no existen como si existieran y desconfiar de aquellos que parecen tan reales que quizás lo sean.

Desde las primeras líneas, esta novela nos atrapa con su franqueza y con una fuerza narrativa fuera de toda duda. El relato va discurrendo de manera fluida y la autora, como un flautista de Hamelín literario, consigue que el lector la siga sin preguntarse a dónde le lleva ni por qué, deseando solo perseguir esa música compuesta de líneas, párrafos y capítulos que le van enredando en una magia de la que le es imposible escapar.

Quizás ningún hombre de mentira sienta deseos de leer esta novela, o quizás sí, nunca se sabe. Lo cierto es que cualquier persona que la lea, sea hombre o mujer, quedará seducido no solo por el magnetismo de su protagonista, sino también por la fuerza y la destreza de la autora para narrar la historia.

CONCHA FERNÁNDEZ,
ESCRITORA

EL DESTINO REPARTE LAS CARTAS, TÚ DECIDES CÓMO JUGARLAS

Desde que era una niña, sabía que quería estudiar Psicología. Sobre todo, me interesaba conocer la mente y sus infinitos vericuetos y posibilidades. No me podía ni imaginar lo que el destino me tenía preparado. Siendo estudiante de Psicología entré a trabajar de becaria en una empresa pionera en España dedicada a la Bolsa, donde se empezaba a editar el primer boletín bursátil en español. Su autor era el alemán Heinz Peter Tornes, afincado en Suiza, persona que introdujo el *chartismo* en España. De aspecto alto y desgarbado lucía un talante afable y bonachón; Peter era todo un personaje. Siempre andaba despeinado y con media camisa fuera del pantalón. En cierto modo me recordaba a Einstein, por aquello de los pelos revueltos y también por su genialidad, aunque, como todos los genios tenía un punto de locura. Vivía feliz en su casita del Ticino, en pleno valle de Maggia, rodeado de montañas. No le gustaban nada las grandes ciudades y tenía miedo a volar. Llevaba una vida más próxima a un bohemio que a un especulador bursátil, pero seguramente esos contrastes le hacían ser único. Peter tenía oficina en Zurich y había decidido abrir una nueva sede en Madrid para dedicarse principalmente a la Bolsa española. Fue ahí, precisamente, donde yo caí en sus redes. En uno de los frecuentes viajes que hacía Peter Tornes a Madrid, nos pidió a todos los estudiantes —que trabajábamos ensobrando a destajo para miles de suscrip-

tores, los boletines que él editaba— que le entregáramos nuestro *currículum vitae* manuscrito.

—No quiero que sea un *currículum* al uso, hacedlo como si fuera una carta, como si escribierais a un amigo contando vuestras cosas.

No tengo la menor idea de lo que puse, pero sí recuerdo que empecé diciendo: «Nací bajo el poderoso influjo de la luna llena». Después, supongo que me explayaría hablando de la mente y de mis aspiraciones como psicóloga. Pero a Peter poco o nada le importaban nuestras capacidades literarias en nuestras manifestaciones curriculares, sus intenciones iban mucho más allá: su suegro era un experto grafólogo y a él le entregó nuestros textos. Intuyo que en vez de tirar una moneda al aire le pareció más interesante que la grafología tomara la decisión de elegir una pieza que podría ser clave en su empresa. En aquella época desconocía cuál era su intención y no la supe hasta muchos años después.

Lo cierto es que, pasado un tiempo de la entrega de los manuscritos, en el siguiente viaje de Tornos a Madrid, sin preámbulos ni entrenamiento previo, me dijo: «Adriana, tú a la Bolsa». Desconozco lo que el perito grafólogo vio en los trazos de mi escritura, lo que sí es cierto es que Peter no tuvo ninguna duda de quién iba a ser la elegida para convertirse en sus ojos, sus oídos y su voz en el parqué de la Bolsa de Madrid.

Nunca olvidaré la primera vez que pisé el edificio de la Bolsa. Nada más traspasar aquella puerta tan solemne, un escalofrío me recorrió toda la espalda. Crucé las cristaleras giratorias que dan acceso al parqué temblando, como si pasara a otra dimensión, al inframundo del dinero. Jamás en mi vida me había sentido tan pequeña y tan fuera de lugar. Situado junto a la Plaza de Cibeles y el Paseo del Prado, el edificio de la Bolsa es un bello palacio de estilo neoclásico y decoración renacentista, uno de los emblemas arquitectónicos de la ciudad. Mi admiración por la belleza artística

de aquel lugar tan vetusto y nuevo para mí me obligaba a mirar a todos lados con los ojos del impío entrando en el templo.

En el centro de la sala de contratación se erigía una columna de madera con un reloj que marcaba el tiempo de cotización de cada uno de los corros. La enorme estancia de ábside semicircular estaba rodeada por una sucesión de arcos y bajo cada uno de ellos un escritorio de madera donde se afanaban los operadores, rellenando papelitos rojos y verdes como fuera de control. El olor a madera y papel era tan intenso que, aún hoy, cuando lo recuerdo soy capaz de volverlo a sentir.

Miré hacia arriba y contuve la respiración: el techo era todo de cristal y cada arco soportaba una vidriera con representaciones del comercio, la industria, la agricultura y la navegación completando un conjunto único. Por fuera, el edificio emerge tan majestuoso y bello como una catedral; debe ser porque en realidad es un templo donde se adora a la diosa fortuna y al dios del poder. Estaba tan impresionada por lo que estaba viendo, que me llegué a sentir como un recién nacido que abre sus ojos al mundo y se sorprende de todo cuanto ve; con todos los sentidos en alerta, preparados para aprender cuanto más mejor. Por lo demás, no entendía absolutamente nada de lo que estaba pasando allí. ¿Por qué había tantos hombres encorbatados, gritando como energúmenos y mostrando sus dedos amenazantes al toque de campana cada vez que se iniciaba un corro?

No soy una persona miedosa, más bien al contrario, soy decidida y me gustan los retos, pero escuchar aquellos gritos en un lenguaje que no conocía y darme cuenta de todo lo que se estaba cocinando allí me superó y pensé que mi jefe, Tornes, se había equivocado por completo de persona al haberme elegido. Yo quería ser psicóloga, me interesaba la mente por encima de todo, no el mundo de la economía y del dinero, del que no entendía absolutamente nada. Con el tiempo, me fui dando cuenta de que la

Bolsa tiene poco de números y mucho de psicología, sobre todo lo relacionado con la interpretación que cada uno hace de los datos económicos. No es más que el reflejo de algunas emociones humanas; psicología de masas, a fin de cuentas. En la Bolsa se unen casi todas las emociones que un ser humano es capaz de soportar bajo presión, tanto las positivas como las negativas: el miedo, la codicia, la ira, el orgullo, la euforia, el fracaso y cuantas se nos puedan ocurrir —incluyendo las relacionadas con el sexo más sórdido—, se producen en los mercados financieros. Todas estas pulsiones, aderezadas con el dinero y el poder, forman una bomba de precisión a la que solo falta una espoleta para estallar (ya os contaré dónde suele estar casi siempre la espoleta). Aunque hubiera hecho todos los másteres del mundo, no habría aprendido tanto sobre la mente humana como en aquel lugar.

Ha pasado mucho tiempo y ahora puedo decir que le estoy muy agradecida a Peter: me enseñó la esencia del *chartismo* y me hizo descubrir mi pasión por la Bolsa. También agradezco al destino haberme repartido aquellas magníficas cartas.

Una vez superada la primera angustia vital del momento, solo me obsesionó una cosa: «Si Peter ha pensado en mí, sus razones tendrá. No puedo defraudarle; no voy a traicionar tanta confianza, voy a conseguirlo». Mi admiración profunda ante su genialidad espoleó mis ganas y mis ansias de aprender. Todo ello unido a mi enorme curiosidad, me llevó hasta el convencimiento de que podría llegar a ser muy buena en esto. Lo que nunca pude imaginar fueron las enormes sinergias que este submundo me brindaría y que no sé si supe aprovechar muy bien.

El mundo financiero no es sencillo ni para los hombres ni para las mujeres; un laberinto en el que muchos quieren entrar y donde la mayoría se acaba perdiendo. En mi caso fue aún peor porque solo era una jovencita que apenas pasaba de los veinte, sin ninguna

experiencia y la única mujer en todo el parqué. Ahora sé cómo se siente una sardina cuando está rodeada de tiburones. Aquellos es-cualos olían mi sangre joven y querían comerme, pero no se lo iba a poner fácil, claro que no.

Tenía que lidiar con muchas cosas y casi todas a la vez. Debía aprender de principio a fin los secretos de un mundo totalmente desconocido para mí y además y lo más importante: hacerme respetar. Yo no era una joya de las que se podía comprar en las tiendas más caras de Madrid. Puede que para aquellos tipos fuera poco más que alguien con quien tomar una copa tras el cierre de la sesión o puede que una de esas mujeres que van a las exposiciones de arte en busca de líos con adinerados, es posible que no me consideraran más que a algunas de sus queridas, complacientes tras recibir alguna chuchería de las que venden en la calle Serrano. No, yo no estaba para bolsos de Loewe ni zapatos de Manolo Blahnik. La Bolsa era un gueto privado, reservado exclusivamente para los Agentes de Cambio y Bolsa y los operadores que intervenían en los corros a sus órdenes. El parqué estaba reservado tan solo a los grandes inversores, entre los cuales no había ninguna mujer. La estanquera y un par de auxiliares que bajaban del departamento de liquidación a entregar las boletas de compra y de venta de última hora, eran la única representación femenina de aquellos lares que olían a cigarro puro y colonia de hombre; no era lugar para mujeres o al menos eso era lo que aquellos tipos pensaban.

A partir de ahí y, una vez dispuestas las barreras de contención que evitaran posibles confusiones entre los presentes, tenía que saber a quiénes tenía enfrente y cómo debía enfrentarme a ellos. ¿Podría emplear más armas de mujer que un escote holgado y unos taconazos? ¿Serviría de algo mi sensibilidad frente a toda aquella exhibición de testosterona?

A los pocos meses de estar inmersa en un voraz aprendizaje de todo lo que pasaba a mi alrededor, sobrevino un tsunami de consecuencias impredecibles: el 19 de octubre de 1987 tuvo lugar el *crack* del 87. El fatídico «lunes negro» donde se registró la mayor pérdida en una sola sesión de la Bolsa de Nueva York. El Dow Jones se desplomó 508 puntos (un 22,6%), anulando en una sola sesión gran parte de las ganancias que se habían acumulado durante ¡cinco años de subidas! e hizo que se tambalearan los cimientos del mayor centro financiero del mundo. El pánico se extendió a millones de inversores que se lanzaron a vender sus acciones, hasta el punto de que «secaron» la demanda y tuvieron que cerrar la contratación ante la imposibilidad de encontrar contrapartida compradora. En España —donde aún no existía el mercado electrónico y se contrataban las acciones de viva voz—, incluso antes de iniciar el corro publicaban papel sin operaciones. El desplome del *crack* causó pérdidas de más de 500.000 millones entre los inversores. Un jarro de agua helada en una época en la que el olor del dinero atrajo a muchos especuladores. La bola de nieve se transformó en pánico global y se extendió a todos los mercados del mundo. El miedo y la tensión se masticaban hasta en el olor del parque.

Nunca olvidaré las palabras de Peter mientras me daba órdenes tajantes por teléfono desde Suiza: «¡Adriana estás viviendo momentos históricos! ¡Sal al corro y compra, compra, compra!...».

Así aprendía yo... a lo grande.

No voy a negar que me engañaron en muchas ocasiones, los aprendizajes son así y más en un mundo tan duro como el del dinero. Por añadidura, yo estaba en el centro de la diana, no tanto por mi condición femenina, sino por la persona a la que representaba; los únicos que tuvimos el coraje de comprar durante el *crack*. Esto nos proporcionó, además de grandes beneficios para nuestros inversores cuando el mercado se recuperó, un enorme prestigio. Llegamos a tener tal cantidad de clientes con el boletín que Peter editaba, que nuestras recomendaciones influían en las cotizaciones y propiciaban oscilaciones en los valores. La globalización nos ha

hecho ver un mapa muy distinto de la realidad, pero en aquella época el mundo de la Bolsa solo era accesible a personas con mucho dinero. Yo, por un capricho del destino, me había convertido en la mano derecha de un genio que dirigía los hilos de grandes inversiones desde su casa en Suiza, peleándome de corro en corro con los agentes, tratando de no ser engañada e intentando, como podía, conseguir un mejor precio. De esta forma tan a lo grande descubrí mi vocación y mi pasión. Con el tiempo supe que también era mi destino.

Años después, por mi cumpleaños, la esposa de Peter me regaló una carta astral que había encargado a unos astrólogos suizos. Aquella carta dejaba claro que yo tenía un talento innato para la especulación y que me iba a dedicar toda la vida a este negocio.

CONFÍA EN EL MOMENTO DE TU VIDA

Había estado esperando demasiado tiempo para enfrentarme a este momento decisivo. No quería ni siquiera pensarlo, pero ahora había una fuerza que me llevaba de la mano y me empujaba a hacerlo. De repente sentí como si un huracán estuviera pasando por mi vida poniéndola patas arriba. ¿Podría soportarlo?

Mi hermana dice que las cosas llegan solo cuando estás preparada para recibir las. Se debe referir a lo que en la Bolsa llamamos *timing*; ese *timing* determina si es el momento adecuado para comprar o vender una compañía y cuáles son las probabilidades de ganar o de perder. Mi vida era así, siempre barajando probabilidades, haciendo cálculos y dejándome llevar por una intuición cada vez más desarrollada...

Y ahí estaba yo, en la buhardilla de mi casa recogiendo los pedazos de toda una vida y guardándolos en un cajón sin saber si iban a viajar conmigo o los iba hacer desaparecer.

A decir verdad, no le tengo ningún apego a las cosas materiales; poco me importan y menos me aportan, por lo general. Quizá sea una deformación profesional: los brókers vemos pasar cada día por nuestras manos tantos millones de euros que al final tenemos una distorsión del valor real del dinero (al menos a mí me pasa). El

dinero es solo dinero. Otra cosa son las vivencias y los recuerdos, estos se instalan en el corazón y no se pueden ganar ni perder, están siempre ahí, forman parte de tus activos más importantes, de tu propia esencia, de tu «mismidad», como dicen los filósofos. Os cuento por qué digo todo esto:

Hacía más de tres años que había muerto mi marido y toda la casa estaba tal cual la dejó. No había querido tocar nada, sobre todo por respeto a Valeria. Mi hija no había asumido aún la muerte de su padre. Había llegado el momento de abrir las alas y volar, como me dijo la vidente Dulce María nada más conocerme. Me encontraba ante una ocasión épica para partir y empezar una nueva vida ligera de equipaje, sin pesos ni lastres. No se trataba tanto de pasar página como de cerrar un libro entero y empezar otro nuevo, con todas sus hojas en blanco, todo por escribir. Me sentía en un momento vital en el que la soledad comenzaba a darme mordiscos y zarpazos. Enamorada —probablemente de la persona equivocada— y sumergida en un mar de dudas con incierto final; había llegado el momento de empezar a escribir.

Era el día de mi cumpleaños, dieciocho de noviembre. Siempre he dicho que «estoy en el mejor momento de mi vida», del resto de mi vida, sea cual sea ese momento. Si algo ha conformado mi carácter es esa actitud ante la existencia; saber encajar con una sonrisa los golpes bajos que a menudo te propina la vida: esperando siempre lo mejor, pero preparada para lo peor. Claudia venía a recogerme al despacho para ir a comer con Blanca a un restaurante cerca de donde ella trabajaba. Desde que nos conocimos en el máster «Mujeres Líderes» no nos habíamos separado, incluso llegamos a despertar cierta envidia en el resto de las mujeres de aquel grupo. Una panda rica, variada y de mucho nivel intelectual y personal, sobre el que nosotras tres tuvimos una conexión, desde el principio, que rara vez tiene lugar (al menos en mi caso). Siendo tan diferentes y complementarias, formábamos un trío fantástico

perfectamente engranado. A pesar de que Blanca vive a caballo entre Getxo y Madrid, Claudia y yo improvisábamos frecuentes viajes para verla y seguir gestando ideas y proyectos que siempre acompañábamos de un buen vino, afición compartida de forma contumaz.

Cada vez que organizábamos una «cena de chicas», como la solíamos llamar, probábamos un vino diferente o una denominación de origen distinta, para ir ampliando nuestra cultura enológica y nuestro culto a ese puntito que te vuelve franca y cariñosa. Durante la comida hablamos, como de costumbre, de lo divino y de lo humano. Estábamos dando forma a uno de nuestros proyectos en los que, prácticamente, nos proponíamos mover los pilares de la sociedad. Formábamos un equipo fantástico. Éramos versátiles y complementarias y sentíamos que podíamos comernos el mundo. Conocerlas durante el máster fue el mejor regalo que nadie podría haberme hecho. Lo cierto es que aquel máster en sí mismo no me sirvió de mucho, pero ellas me lo daban todo, incluyendo afrontar mi nueva vida con ideas renovadas, proyectos alcanzables y una energía que solo sentí llegado aquel momento. Era uno de esos regalos que te ofrece la vida y cuyo embalaje vas desarrollando poco a poco, saboreando el instante mágico que precede a la primera visión de un presente. Descubres cosas nuevas y fascinantes que te estimulan, teniendo la certeza de que siempre estarán contigo. Nada es casualidad y todas las cosas suceden por algo, de eso estoy segura; hay personas que llegan a tu vida por una razón, por un tiempo o por toda una vida.

Al terminar la comida, ya en los postres y en un momento en que yo me despisté para ir al baño, sacaron cada una un paquete de sus bolsos, lo colocaron delante de mi plato y se tornaron solemnes, con sus caras muy erguidas. A menudo me pongo muy nerviosa cuando me dan un regalo. Me parece tan tierno que alguien dedique su tiempo a pensar, aunque sea por un momento, en un regalo que me pueda gustar, que solo por eso merece todo mi

cariño y agradecimiento. Claudia me entregó un precioso bolígrafo dorado con cristales de Swarovski, súper chic, que parecía estar diseñado para mí. Acto seguido, Blanca me dijo: «Este bolígrafo no es solo para que firmes grandes operaciones bursátiles, sino para que nos cuentes tu historia». Me pareció tan sincero y emotivo que no pude contener las lágrimas. Mis amigas me empujaban a hacer algo que siempre había querido hacer:

Blanca se expresó en un tono ceremonioso, aunque lleno de cariño, como si fuera una orden más que una sugerencia:

—Adriana, tú escribes bien. Tu historia de lucha y superación de una mujer en la Bolsa, un mundo de hombres y todo el glamur que rodea estas cosas, puede resultar muy estimulante y un ejemplo para mujeres emprendedoras. Tienes el compromiso moral de contarla.

Me gustó la idea que, por otra parte, siempre había tenido en la cabeza: escribir un libro. La Bolsa es mi pasión, porque la Bolsa y la vida son como un espejo cóncavo. Ahora había llegado el momento que nunca encontraba y al que, de alguna forma, me asustaba enfrentarme. Tenía miedo de no estar a la altura, de no hacerlo bien, de no ser capaz de transmitir todas las emociones y pasiones que se mueven alrededor de los mercados financieros y de que no hubiera nadie a quien le pudiera interesar lo que yo contara. Ahí estaban dos mujeres inteligentes y brillantes, importantes en mi vida, empujándome a escribir un libro en el que tenía muchas cosas interesantes que contar. De la misma forma que no quise defraudar a Peter Tornes en el momento de decirme «tú a la Bolsa», supe que a ellas tampoco podía defraudarlas. Y aquí estoy, enfrentándome a un papel en blanco; para ser sincera, estoy aterrorizada y no sé muy bien por dónde empezar.

HE SIDO MUY AFORTUNADA EN LA VIDA, NADA ME HA SIDO FÁCIL

Parece ser que el orden de nacimiento es definitivo en la conformación de la personalidad. No sé qué tanto hay de verdad en esto, pero si los estudios que se han llevado a cabo al respecto han llegado a esa conclusión, sus razones tendrán. En mi caso, y sin que haya habido ningún estudio previo que yo sepa, ya digo yo que sí. No te espera una vida fácil si eres la cuarta en nacer después de tres hijos varones, más aún si solamente hay unos pocos meses de diferencia entre los cuatro. Antes de que pudiera ser consciente de ello, pasé de ser la mascota de mis hermanos a convertirme en un elemento molesto y desestabilizador, sobre todo porque quería jugar con ellos a sus juegos de chicos: vestirme de aguerrido pistolero, echar carreras de coches con desconchados modelos en miniatura o chutar balones de plástico me hacían infinitamente más ilusión que todas las Barbies Superstars del mundo. Ellos, por su parte, no solo no tenían ningún interés en cuidarme ni protegerme —entiendo que es lo que les correspondía por ser mayores que yo— sino que les parecía una niña petarda a la que de ninguna manera querían integrar en sus juegos de chicos, puesto que yo no era de su tribu. Menos mal que no me dio por jugar a las muñecas, porque hubieran sido todas huérfanas de padre. Como digo, y para mi desgracia jamás se despertó en mí ningún interés en las muñecas ni en ningún otro juego relacionado con la maternidad o las casitas,

juegos habituales en la mayoría de las niñas de mi edad y que, en cambio, a mí me producían un rechazo casi visceral.

Tardé muchos años en entender —creo que aún hoy no lo he conseguido— por qué razón mis hermanos me apartaban de aquellos juegos que a mí me resultaban infinitamente más divertidos que los que practicaban las chicas. No es que no me quisieran, ni mucho menos, nada tenía que ver con el amor fraternal, simplemente les molestaba que yo fuera un «chicazo», como les gustaba llamarme a mayor fastidio mío. Para ellos, hubiera sido mucho mejor que yo fuera una niña «normal», que jugara con otras niñas y no les molestara. Debe ser que los niños desarrollan el sentido del egoísmo masculino desde muy pequeños. La solidaridad y la empatía brillaban por su ausencia.

La casa de mis padres era algo parecido a una jungla donde imperaba la ley del más fuerte y en la que se organizaban batallas de almohadas, campeonatos de chapas y competiciones de todo tipo. Como yo, por razones obvias, no era ni mucho menos la más fuerte, al menos físicamente, no me quedó más remedio que tratar de adaptarme al medio como buenamente pude. Adaptación darwiniana que no fue nada fácil, pues el asunto se fue complicando, evidentemente, a medida que fuimos creciendo.

Dada mi condición femenina y porque «así se había hecho siempre», me tocaba ayudar en las tareas domésticas, de las cuales mis hermanos estaban exentos precisamente por ser chicos. Este era el injusto papel social que me había tocado en el primer reparto e hizo germinar en mí una rebeldía desde muy temprana edad, así como un exacerbado sentido de la justicia que hoy en día prevalece. La cosa se llegó a complicar aún más cuando nacieron mis hermanas. Desde el primer momento se dio por hecho que tenía que ayudar a mi madre en sus cuidados —cosa que mis hermanos no hicieron conmigo—, responsabilidad de la que ellos también estaban exentos. «¡Menudo chollo ser chico!», pensaba yo, y vaya

rollo haber nacido chica, porque no solo te encomendaban lo más tedioso, sino que además no podías jugar a los coches y al fútbol. Porque los juegos de niños, para mí eran los más divertidos.

De esta forma tan particular, aprendí a desenvolverme en un mundo relativamente hostil, donde no me cuadraba nada y lo que es peor, no encontraba mi lugar. Rechazada por mis hermanos porque era chica, cuidando de mis hermanas pequeñas a una edad que no me correspondía y teniendo que desempeñar un rol social a todas luces injusto —y bajo mi punto de vista absurdo— me sentía totalmente estafada.

Probablemente el destino me estaba preparando para lo que vendría después. De alguna manera, y aparte del mapa de ADN que cada uno traemos de serie, la infancia es lo que determina nuestro carácter. No es que no me gustara ser mujer, más bien todo lo contrario, sino que me parecía un sinsentido el papel que me habían colocado por serlo y esto definitivamente marcó el desarrollo de mi personalidad y mi forma de entender la vida.

Seguramente, el orden que ocupó en el núcleo familiar, a pesar de la dificultad, me ha ayudado a desenvolverme como pez en el agua en un mundo tan masculino como el bursátil y las piedras que me ha puesto la vida en el camino, me han servido para crecer.

CUANDO UNA PUERTA SE CIERRA, CIENTOS SE ABREN

«Cuando se abre la jaula y eres un pájaro, despliegas tus alas y echas a volar, cuanto más alto mejor». Es una metáfora perfecta para definir cómo se siente una persona, cuando su pareja, por el motivo que sea, desaparece de su vida. Así me sentía yo, como un pájaro al que le abren la puerta de la jaula. Necesitaba volar.

Tras la muerte de mi marido volqué todo mi tiempo y mi energía en el trabajo. La Bolsa ocupaba todo mi espacio, hasta el punto de tenerme completamente abducida. Probablemente era la única forma que encontré de gestionar el duelo: la huida hacia adelante.

Esta fue la razón por la que Carlota, mi asistente, me abrió un perfil en una red social de contactos llamada Meetic. ¡Cómo me vería la pobre Carlota para tomar esta iniciativa!... A menudo solía decirme que iba a acabar loca si no echaba el freno en el trabajo; era el momento de conocer gente nueva y divertirme. No se podía imaginar que las páginas de contactos terminaron de rematar mi «locura».

Mi primera incursión en el mundo de los *singles* fue muy curiosa. De la noche a la mañana me encontré con montones de mensajes de personas que no había visto en mi vida y la mayoría me invitaba a tener sexo como si fuera el único objetivo en su vida. No daba crédito a lo que estaba pasando, incluso, algún tarado me mandó una foto mostrando orgulloso su desnudez. Lo bloqueé inmedia-

tamente. Si hay algo que no soporto es la grosería y la ordinariéz. Me resultó tan ridículo lo que allí sucedía que, prácticamente, salí despavorida de esa página sin entender nada de lo que le estaba pasando a la sociedad. Soy muy consciente de la importancia de Internet como la nueva forma de relacionarnos y conocer personas más allá de nuestro entorno laboral o personal, lo que no acabada de aceptar es el «aquí te pillo, aquí te mato» que es lo que parecía imperar en este tipo de redes sociales.

Cierto es que tengo una vida social bastante rica y activa pero en mi círculo no había nadie que llamara mi atención y me apetecía ampliar mis horizontes con rumbo a lo desconocido en la búsqueda de esa persona especial que me impulsara a restablecer el equilibrio que tenía roto.

Carlota volvió a probar con otro registro:

—Jefa, me han dicho que en Tinder hay más nivel. ¿Por qué no pruebas?

La palabra probar tiene cierto peligro para mí, de la misma forma que cuando alguien me provoca diciendo ¿a que no eres capaz...? o peor aún, ¿qué te apuestas? Y como tengo una tendencia natural a meterme en todos los charcos (propios y ajenos) y no tenía nada que perder, decidí ponerme manos a la obra, o mejor dicho a la caza.

Efectivamente Tinder me pareció mucho más interesante que *Meetic*, puesto que nadie te podía hablar salvo que tú le hubieras dado permiso previamente y solo después de haber superado unos mínimos criterios de selección. A continuación, venía la segunda criba y para mí más importante que el físico: la escritura, ¡Cuántos matices se pueden saber o intuir de una persona por cómo se expresa! Para ello hay un chat *online*, donde valoras si el personaje en cuestión es interesante, o un impostor, cosa que también sucede a menudo. Hay personas que se inventan un perfil falso para seducir y, cuando llega el momento de la cita y pasas al mundo real, cual-

quier parecido con la realidad es pura coincidencia. En fin, que hay gente que se aburre mucho y se entretiene inventando ser quien no es.

Después de un par de intentos fallidos con candidatos que no llegaron a cuajar, mi primera «cita a ciegas» fue con un empresario vasco llamado Germán. No llevábamos mucho tiempo hablando por el chat, cuando me propuso pasar a la acción y conocernos, cosa que no me pareció mal y acepté de buen grado. Eligió, con buen criterio, para nuestro primer encuentro el Hotel Ritz. Desconozco si su elección estaba enfocada a tomar el té o pretendía deslumbrarme, no lo tengo muy claro.

El Hotel Ritz es sin duda uno de los mejores hoteles del mundo. Decir Ritz equivale a glamur, lujo y sofisticación. Ignoro si su intención era impresionarme, pero lo que no sabía Germán es que, en el Hotel Ritz, por estar situado junto a la Bolsa, había tenido la ocasión de asistir a desayunos, reuniones y eventos varios de trabajo, dentro del amplio espectro del mundo financiero. Menos las habitaciones, donde nunca tuve el privilegio de pasar una noche, el resto del hotel lo conocía perfectamente.

Una vez que atraviesas las puertas del Ritz, todo es elegante y sobrio, hasta los tacones de mis *stiletto*s dejaron de repiquetear alegremente y se tornaron silenciosos al ser abrazados por las mullidas alfombras. Un camarero perfectamente uniformado me condujo hasta donde estaba Germán, sentado, esperándome. Parecía inquieto y algo nervioso cuando me vio entrar con paso seguro y completamente dueña de la situación.

Germán era un hombre alto y atractivo, tal y como aparecía en las fotografías de su perfil, por lo que no me llevé ninguna sorpresa desagradable ya que la mayoría de la gente tiene la tendencia de poner su mejor foto en las redes sociales o incluso fotos de un tiempo pasado que, naturalmente, fue mejor. No era el caso de Germán.

Por ponerle alguna pega tenía la piel demasiado blanca para mi gusto, casi transparente. No me gustan las pieles blancas, me da la sensación de que están a medio hacer, prefiero la piel morena.

Por las conversaciones previas a nuestra primera cita, ya sabía que era un hombre inteligente, culto y educado, además, me había manifestado su interés por la Bolsa y eso le daba un plus por ser tan poco habitual. La mayoría de las personas que conocía fuera de mi entorno, se limitaban a preguntarme dónde había que invertir para ganar dinero. Germán no necesitaba hacer esa pregunta tópica, puesto que era un inversor autosuficiente. Supongo que mi profesión y personalidad le habían seducido especialmente. *A priori*, Germán reunía bastantes requisitos para despertar mi atención, incluida su adicción a los mercados, pero tenía un defecto más grande que sus virtudes: era un pedante.

Trabajar toda mi vida con hombres y, no solo eso, sino formar parte de ellos, me había dado una visión privilegiada de su mundo. Intuía cómo pensaban, cómo reaccionaban y cuáles eran sus debilidades y fortalezas. A menudo también pensaba como ellos. Es mi lado masculino. Eso y ser mujer me daba cierta ventaja. Ahora había llegado el momento de cambiar los papeles y ser yo la que saliera de caza sin que la presa lo supiera, además, dejándome seducir.

Una de las estrategias que usó Germán para cautivar me fue decir que sabía grafología, y allí en medio de la cafetería del Ritz me pidió que escribiera un texto de medio folio para interpretarlo. Me pareció muy original y sin dudarlo, extraje de mi bolso el bolígrafo de cristales de Swarovski, que me regaló Blanca y me puse a escribir algunos párrafos de *El Quijote*, exagerando los trazos a propósito, para despistarle. Una vez concluido mi escrito, Germán lo miró con detenimiento por el derecho y por el revés, expresó sus conjeturas con aplomo, aunque para mí eran generalidades que poco tenían que ver conmigo y podrían valer para cualquier persona, y se quedó totalmente convencido de que me había impresio-

nado. Por mi parte pensé que sus conocimientos de grafología bien podrán ser conceptos sacados de Internet.

Prácticamente desde la primera cita, Germán decidió por su cuenta y riesgo que yo era su pareja, a pesar de haberle dejado muy claro que no era eso lo que buscaba. Poco importaba lo que yo dijera, pues él era de esas personas que solo se escuchan a sí mismas. Quizás se trata de un mal endémico de esta sociedad que cada vez me queda más patente.

La segunda estrategia de seducción (bastante peor que la primera) fue venderse como si fuera un excepcional amante. Afirmar que conocía perfectamente cómo dar placer a una mujer fue su forma de preparar el terreno para nuestro primer encuentro sexual. Personalmente, y casi por principios, suelo conceder el beneficio de la duda, pero aquella manifestación de seguridad en el conocimiento de las mujeres y del placer, me pareció no solo patética, sino que escondía una gran inseguridad. Desde ese momento empezó a bajar mi baremo con respecto a sus capacidades intelectuales, no solo porque iba a tener la oportunidad de comprobar su afirmación personalmente, sino porque tendría que ser yo, en cualquier caso, la que juzgara las bondades de sus habilidades amorosas.

La tercera estrategia de seducción fue la Bolsa. Si había una forma de estar con contacto permanente conmigo era interesándose por la Bolsa y todo lo que sucedía alrededor de los mercados financieros, a fin de cuentas, ocupaban la mayor parte de mi tiempo y de mi cabeza. Cuando cerraba Europa, abría Wall Street, a continuación, los mercados asiáticos y así sucesivamente. Para ello abrió una cuenta de seis dígitos, de los cuales una parte iba a destinar al *trading* —mi especialidad— (*trading* es el arte de negociar y/o especular en los mercados financieros, con el objeto de obtener rentabilidades en un corto espacio de tiempo. Es, con diferencia, la parte más compleja y difícil de la inversión en Bolsa). De esta forma, se aseguraba estar en contacto continuamente conmigo. El

resto del dinero lo iba a invertir en una compañía cuya salida y colocación en el Mercado Alternativo Bursátil, estaba gestionando yo personalmente.

Germán tenía un grupo de amigos que a mí me encantaba: gente culta, inteligente y libre que se reunía cada semana para jugar al mus y, a menudo, también para organizar cenas en las que cada uno iba dando conferencias de su especialidad. Naturalmente, me incorporó de inmediato a su grupo de amigos y, no solo jugaba al mus, —que por cierto me encanta— sino que rápidamente me tocó dar una conferencia sobre los mercados financieros en una cena coloquio. No me importó, me sentía bien hablando en público, frente a un grupo de intelectuales que poco o nada sabían de cultura financiera y de mercados. Germán se hinchaba como un pavo cuando me lucía con sus amigos, como diciendo «esta es mi chica».

Naturalmente yo seguía haciendo mi vida, con mis salidas, mis actividades, mis amigos, y mis amantes. Mientras tanto, Germán concentraba todos sus esfuerzos en llevarme a su terreno.

Entre las muchas cosas de las que alardeaba Germán, una era la de ser un gran cocinero y, para lucir sus dotes culinarias, decidió invitarme a cenar en su casa el día de los enamorados. Recuerdo que era sábado. Yo había estado visitando las bodegas Arzuaga, con cata de vinos incluida como fin de fiesta, invitada por unos clientes. La cata y el maridaje, como suelen ser estas cosas, se demoraron más de lo previsto y llegué a Madrid con el tiempo justo de darme una ducha rápida y cambiarme de ropa para la cena romántica. Llovía a mares y pedí un taxi, pero con las prisas me olvidé de coger paraguas, llegando a mi cita empapada por dentro y por fuera.

Germán tenía preparada la cena y había decorado la mesa con velas. En el centro y como protagonista indiscutible había una cu-

bitera con vino que no recuerdo muy bien cuál era, pues yo llevaba ya bastante vino encima, pero estoy segura de que se había asesorado convenientemente para no cometer ningún error antes de ofrecérmelo, sabiendo que soy una gran conocedora del mundo del vino.

Antes de sentarme a cenar, me sorprendió diciendo: —*tengo un regalo para ti*— para mostrármelo, me tomó de la mano y me llevó al cuarto de baño donde me señaló un cabezal nuevo para su cepillo de dientes eléctrico. Me quedé tan atónita que no supe qué decir y ¡mira que recursos no me faltan!, pero en la vida jamás nadie me había regalado un cepillo de dientes. Entiendo que era su forma de decirme —*quiero que sientas que esta es tu casa*—. Pero con ese regalo demostraba tener menos sensibilidad e inteligencia emocional que un calamar. La decisión del cepillo de dientes me correspondía, en cualquier caso a mí, y ponía de nuevo de manifiesto que ni me escuchaba, ni tenía intención de hacerlo.

Durante la cena, me volvió a contar sus batallas empresariales y sus experiencias bursátiles. No recuerdo bien las excelencias de su cocina ni tampoco qué fue lo que cenamos, aunque estoy segura de que lo hizo con todo su cariño y esmero, lo que sí recuerdo es que a los postres y, a punto de acabar la botella de vino, Germán se levantó de la mesa y cogió una cajita envuelta en terciopelo rojo que estaba depositada en la estantería del salón. La cajita contenía una gargantilla de oro con un corazón, que con toda delicadeza colocó alrededor de mi cuello mientras besaba mis hombros.

Este regalo me sorprendió tanto como el otro, no voy a negar que me gustan las joyas, no soy idiota. Lo que no me gustaba era lo que encerraba el corazón. Regalar una joya el día de los enamorados significa un compromiso y a mi modo de ver era demasiado pronto, apenas llevábamos una semana, muy poco tiempo —en mi opinión— para manifestarme su amor.

Es verdad que el flechazo o el enamoramiento no entiende de tiempos, tan solo es algo que sucede o no, pero a mí, particularmente, no me había sucedido nada.

Tras la cena romántica y los regalos llegaba el momento del encuentro sexual, que yo esperaba con más curiosidad que deseo. ¡Ay Dios, maldita curiosidad! Cuántos problemas me ha traído esta curiosidad que a veces me pierde, la misma que mató al gato y que a menudo ha hecho avanzar a la humanidad.

Me condujo al dormitorio, me desnudó con más torpeza que destreza, y me vendó los ojos con un pañuelo de seda que tenía preparado para tal efecto. Solo le faltó atarme a la cama para pensar que estaba reproduciendo un capítulo de *Cincuenta sombras de Grey*, libro que, por cierto, no pude terminar, pues me pareció bastante mediocre. Estaba claro que él sí lo había leído y ahora pretendía ponerlo en práctica conmigo. Pero Germán estaba muy lejos de ser Christian Grey y yo todavía más de ser una jovencita impresionable.

En fin, poco que añadir. Germán lo intentó y desplegó todos los medios a su alcance, pero, o mucho me equivoco, o más bien parecía que se había instruido para la puesta en escena del momento y no era algo que practicaba habitualmente en su vida. En lo que a mí respecta y como me temía, debo confesar que me quedé prácticamente como estaba, a pesar de que él se considerase un experto en mujeres. Naturalmente yo me encargué de que no se diera cuenta de mi decepción y volvió a quedarse tan satisfecho y encantado consigo mismo como cuando me hizo la lectura grafológica.

Soy mucho más de sensaciones que de numeritos, pero la mayoría de los hombres no acaban de entender esto y se empeñan justo en lo contrario.

Poco tiempo después hicimos una escapada de un fin de semana largo a San Sebastián. Germán estaba encantado de llevarme a su tierra y presentarme a sus amigos. Yo también, no solamente

por mi pasión de viajar, sino por la oportunidad de combinar ocio y negocio, que se había convertido en una de mis habilidades. Además, aprovecharíamos el viaje para ir a ver la fábrica de Roberto en el País Vasco, que en realidad es lo que a mí me interesaba. Roberto era el presidente de la compañía que estaba en pleno proceso de colocación y salida a Bolsa y, además, un gran amigo mío.

Fue un viaje muy agradable, no solo porque me gusta especialmente el País Vasco y el carácter de los vascos, sino porque tuve la ocasión de que Roberto y Germán se conocieran. Me parecía importante este encuentro, ya que Germán, a pesar de mis advertencias sobre la importancia de diversificar el patrimonio, estaba empeñado en invertir una gran cantidad de dinero en la compañía de Roberto. No sé si lo hacía por agradarme —situación que cuando cambió la tortilla se volvió totalmente en mi contra— o porque realmente estaba convencido de que era una gran inversión.

La convivencia durante un fin de semana largo es suficiente para darte cuenta de muchas cosas, unas mejores y otras peores, pero vaya, siempre agoto todas las posibilidades y bebo hasta el último trago de la copa, para acabar concluyendo que convivir es el camino más rápido hacia el aburrimiento.

Supongo que para él no fue así, pues poco tiempo después, me propuso un viaje más largo y me dio a elegir el destino. Yo también tengo mis debilidades y viajar es una de ellas, quizás la mayor. Escogí Estambul. Siempre había soñado ver el atardecer sobre el Bósforo —¡qué le voy a hacer, soy una romántica!— lo que no medí bien es con quién iba a ver ese atardecer.

El viaje a Estambul empezó de forma relativamente accidentada. Nada más llegar al mostrador para facturar las maletas, me di cuenta de que, por error, había cogido el pasaporte de mi hija en lugar del mío. La cara que pusieron, tanto el empleado de Iberia como Germán al comprobar que el pasaporte no coincidía con el titular del vuelo, fue todo un poema. Me sentí como una auténtica

idiota y a punto estuve de entrar en pánico, pues no tenía tiempo material de regresar a mi casa, recoger el pasaporte y volver al aeropuerto, ya que mi vuelo salía en menos de una hora. Tengo que reconocer que siempre hay un ángel de la guarda que me saca de los atolladeros y tuve la suerte de que recientemente se había aprobado un acuerdo internacional para que los ciudadanos comunitarios pudiéramos viajar a Turquía solo con el DNI. En cualquier caso, no me hizo ninguna gracia ir de chulita por la vida sin pasaporte, pues, tratándose de un país islámico me producía cierta inseguridad y temía que me pararan en la frontera para obligarme a obtener un visado, como así fue y, seguramente me iban a mirar hasta las bragas, por lista, pero ya no había vuelta a atrás.

Estambul es sin duda una ciudad muy bella, pero no resultó ser tal y como yo había soñado. En aquel momento Turquía estaba inmersa en los preámbulos de lo que podría ser una guerra civil. Acababan de matar a un fiscal que había tomado como rehén un grupo de extrema izquierda, al parecer, en una operación policial para intentar rescatarlo. Se oían las sirenas de alarma constantemente e incluso en algún momento hubo un apagón general en toda la ciudad, situación que me producía escalofríos y una tremenda sensación de inseguridad; esto unido a que yo no estaba viviendo la pasión turca precisamente, hicieron que me sintiera en una ciudad hostil. Mi aspecto europeo, el pelo claro y mi forma de vestir, parecían un insulto constante a los turcos, que me miraban de arriba a abajo como si fuera un pastel comestible o, peor aún, como si mereciera que me lapidaran. Germán, tampoco resultó ser el compañero de viaje que yo hubiera deseado. No es que hiciera nada malo, más allá de caminar tan rápido que casi me obligaba a ir detrás de él —quizá para mimetizarse con el país—, de no escuchar nada de lo que le decía, ni de percibir cómo me sentía. Era la primera vez que me alejaba de mi hija, cosa nada fácil para mí, tras la muerte de mi marido, desoyendo los comentarios de mi entorno más cercano, que me aconsejaba no viajar a Turquía en un momento tan peligroso. Lucie, siempre me dice al respecto:

—Adriana a ti te enseñan un mapa y pierdes la cabeza—. Y la verdad, es que no le falta razón. Ya os hablaré de Lucie más adelante.

Sin duda, lo mejor del viaje a Turquía fue visitar Capadocia, una región semiárida, situada en el corazón de la península de Anatolia y a una hora de Estambul en avión, por lo que, de nuevo tuve que tomar un vuelo y en esta ocasión peor aún, pues se trataba de un vuelo interior y yo, sin pasaporte, claro.

Lo que hace a Capadocia un lugar tan especial, es su increíble paisaje que parece salido de un cuento de hadas. Formado por valles y caprichosas rocas cónicas esculpidas a lo largo de los siglos por la erosión del viento y la lluvia, es un lugar que hay que visitar, al menos, una vez en la vida.

Allí disfruté de la maravillosa experiencia de montar en globo. Una explosión de sensaciones, olores y colores que recordaré toda mi vida. Sobrevolar dentro de un globo aerostático un paisaje tan increíble y distinto como la Capadocia, es algo único e irrepetible. Por lo demás, Estambul no fue la ciudad que yo imaginaba y, con respecto al atardecer sobre el Bósforo, cualquier parecido con la realidad fue pura coincidencia y mis sueños de romanticismo se desvanecieron por completo. Dos meses desde el inicio de la relación y una semana juntos en un mundo hostil, habían dado mucho de sí para tener la certeza de que Germán estaba lejos de ser el equilibrio que yo buscaba.

Cuando regresamos de Estambul, me fui alejando poco a poco de él, había perdido la ilusión y volví a constatar mi teoría sobre la convivencia y sus consecuencias, pero él no gestionó bien mi distanciamiento.

El estreno en Bolsa de NBI Bearings, la sociedad de mi amigo Roberto, me esperaba al regresar de Turquía. Era un momento profesional muy importante para mí. Roberto había conseguido

cambiar la fecha de salida al Mercado Alternativo Bursátil —un mercado destinado a PYMES y *startups*— para que yo llegara a tiempo después de mi viaje, lo que me halagó profundamente. El día de la presentación y debut de NBI, rodeado de todas las autoridades bursátiles y justo antes del toque de campana, Roberto me dedicó unas palabras de agradecimiento por haber participado tan activamente en la colocación de su compañía. Me sentía feliz. Habíamos estado más de un año instrumentando la operación, que ahora se convertía en una realidad. La incorporación al mercado de una compañía es un proceso bastante largo y tedioso. La empresa candidata debe cumplir con unos requisitos de transparencia y compromiso de información, así como de planificación, acuerdos sociales, diseño de la operación, cumplimiento de los requisitos de incorporación y un largo etcétera. Todo ello había sido muy enriquecedor para mí. En las reuniones previas que tuvimos para preparar el DIIM (documento informativo de incorporación al mercado) y, mientras Roberto explicaba al equipo de *Corporate* cómo construye su empresa prácticamente de la nada, había llegado a aprender más de gestión empresarial y de economía, que de la mayoría de los economistas conocidos a lo largo de mi carrera. El MAB era un mercado absolutamente necesario para las Pymes. Un vehículo de financiación que funciona en Europa a las mil maravillas y que en España, con nuestra cultura del pelotazo, estaba aún por demostrar. Un año antes, y con casi todas las cartas sobre la mesa para sacar a Bolsa la empresa de Roberto, salió el informe Gotham sobre Gowex. En dicho informe se advertía de que el valor de los títulos de Gowex (compañía que cotizaba en el MAB) era cero. Nada más publicar la noticia, las acciones se desplomaron un 60%, perdiendo casi 870 millones de capitalización bursátil. El escándalo corrió como la pólvora, ya que se supo tras el informe Gotham que Jenaro García, presidente de Gowex, llevaba más de cuatro años falseando las cuentas. Al día siguiente de haber caído un 60% y de que todo el mundo estuviera al corriente de la estafa, la Comisión Nacional del Mercado de Valores, el regulador de las

bolsas suspendió la cotización. El escándalo fue mayúsculo, puesto que Gowex, había recibido premios de organismos públicos y privados y fue una de las compañías distinguidas por el gobierno con los premios para las empresas españolas con mayor proyección exterior. Unos premios que el propio presidente, Mariano Rajoy, entregó, citando a Jenaro García como ejemplo del importantísimo papel que juegan las empresas en la salida de la crisis y en la recuperación económica. ¡Menudo ojo! Jenaro García podía ser un ejemplo como estafador, sin duda, pero nunca como empresario. Tras la suspensión de la cotización de Gowex, los inversores perdieron todo su dinero. Toda la prensa financiera mundial se hizo eco del escándalo, hasta el punto de que se tambalearon los cimientos del MAB. Se puso en entredicho la falta de rigor de las empresas que cotizan en este mercado y la poca regulación por parte de la Comisión Nacional del Mercado de Valores (CNMV). El escándalo dejó atrapados a muchos inversores y, lo peor de todo, quedó en entredicho la honestidad de este sector en España. Yo, anteriormente, había escrito varios artículos defendiendo la importancia del MAB, pero en aquel momento estaba tan denostado que decidimos aplazar la salida a Bolsa de la compañía de Roberto hasta que las aguas volvieran a su cauce y los inversores recuperaran la confianza. Tras las ampollas levantadas por Gowex, si no hubiéramos paralizado la salida, nuestro estreno en Bolsa habría sido un auténtico fracaso. Es el típico ejemplo de que pagan justos por pecadores. Roberto, que como empresario era un ejemplo de principios, valores y buena gestión, habría sido comparado con un sinvergüenza como Jenaro, solo porque su compañía cotizaba en el mismo sector. Los mercados funcionan así, si una compañía quiebra, automáticamente castigan al resto de empresas del mismo grupo, ya que el dinero es miedoso por naturaleza.

Casi un año después de este episodio histórico de la idiosincrasia del pelotazo español, allí estaba, recién llegada de Estambul, esperando nerviosa el toque de campana en el parqué de la Bolsa

de Madrid. Un lugar que había pisado tantas veces, con infinidad de vivencias como arte y parte, dando una vuelta de tuerca más; el debut de una nueva compañía, la de mi amigo Roberto. El estreno fue un gran éxito. Ya durante la colocación y en el tiempo que estuvimos elaborando el *libro de órdenes*, la demanda superaba en tres veces el número de acciones que íbamos a colocar, por lo que tuvimos que hacer prorrateo en la asignación. Este exceso de demanda hizo que el primer día de cotización subiera un 35%. La salida a bolsa fue un éxito rotundo, no solo a nivel profesional, sino también personal, ya que mis clientes, —incluido Germán que había invertido fuertemente en la compañía— ganaron más de un 40% de su inversión inicial.

La brecha que se había abierto entre nosotros tras el viaje, se hacía cada vez más grande. No sé qué parte de la frase «*ni busco, ni quiero pareja*» no terminaba de entender. Seguramente albergaba la esperanza de que acabaría sucumbiendo a sus encantos y lo que provocó en mí, fue justo el efecto contrario. A pesar de que me hubiera gustado seguir manteniendo con él una relación de amistad, Germán se sintió despechado y dolido por nuestra ruptura y no tuvo ningún problema en pedirme que no volviera a aparecer en las partidas de mus que organizaban sus amigos. Reacción que no pude comprender. Supongo que lo hizo a modo de venganza y, verdaderamente, lo consiguió. Me dolió que me apartara injustamente, pero al final la vida pone cada cosa en su lugar y con el tiempo y poco a poco los fui recuperando a todos. Hoy en día, María, integrante de aquel grupo, es una de mis mejores amigas.